



MicroDecamerón



Paola Tena
(Coordinadora)



Quarks
Ediciones Digitales

MicroDecamerón

Serie
Máximo minúsculo
9

MicroDecamerón

Setecientos años después

Paola Tena
(Coordinadora)



Quarks
Ediciones Digitales

MicroDecamerón. Setecientos años después

Serie: *Máximo minúsculo* Nro. 9

Primera edición digital: febrero de 2021

© De los textos, sus respectivos autores, 2021

© De la coordinación y el proemio, Paola Tena, 2021

© Vásquez Guevara Corporación Editorial E.I.R.L., 2021

para su sello Quarks Ediciones Digitales

RUC 20607237248

Corbacho 383, Urb. Santa Luzmila.

Lima 15314, Perú.

Telef. +51977384130

E-mail: quarks.edicionesdigitales@gmail.com

Web: <http://quarksedicionesdigitales.wordpress.com>

Diseño de portada: Antonio Paz Fernández

Diagramación: Unidad de diseño

Hecho el Depósito Legal en la

Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-02037

Libro electrónico disponible en:

<https://quarksedicionesdigitales.wordpress.com>

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin el permiso por escrito de los autores y/o de la editorial.

Todos los derechos reservados.

PROEMIO

Hace poco más de setecientos años, Giovanni Boccaccio se deleitó escribiendo cien cuentos narrados por diez personajes, la mayoría mujeres, que para escapar de la peste negra se aíslan en una hacienda a las afueras de Florencia y para entretenerse, durante el día pasean por los jardines y por las noches, se relatan historias unos a otros.

En estos días en que nos encontramos viviendo una situación tristemente similar, inesperada y desconcertante, quizás nos sentimos personajes forzados de una obra de ficción y es por eso que emulando al maestro Boccaccio y haciendo nuestro su elemento clave –escribir y narrar por el mero gozo de hacerlo– decidimos componer para ti estas cien historias con el fin de crear un refugio a donde no llega la tragedia, que se abre por medio de la palabra y nos permite, aunque sea por un momento, olvidar toda angustia e incertidumbre y simplemente divertirnos, como hicieron diez jóvenes al calor de una chimenea, hace más de setecientos años.

Paola Tena

PRIMERA JORNADA

Donde se razona lo que más agrada
a cada uno

Heladero

Carmen de la Rosa

Todas deseamos dormir con Giacomo, abrigadas con sus largas rastas rubias. Todas deseamos derretirnos entre sus brazos, que nos bata las caderas y riegue nuestros pechos con sorbete de limón al cava. Que nos cubra la piel con besos de cereza, vainilla y maracuyá, que sus manos nos hagan crujir como barquillos y su lengua de sirope nos endulce la boca.

Y mientras lo deseamos él nos refresca con el azul iceberg de sus ojos y sonrío con sus dientes blancos como la nata montada. Entonces le pedimos un par de helados de fruta de la pasión, otros de higos de leche, uno más, de papaya. Suspiramos cuando él entierra la cuchara en las tarrinas y rellena voluptuosamente los cucuruchos. Nos estremecemos al roce de sus dedos cuando nos devuelve el cambio. No nos importa que él también nos desee a nosotras, de una en una o a todas a la vez. Nunca le pedimos a Giacomo helado de celos.

Hablemos de distancia

Adriana Azucena Rodríguez

Hablemos de distancia. En los momentos difíciles, se impone; en la amistad, se tolera; en familia, se extraña; en la pobreza, es un imposible; en soledad, pasa desapercibida. Sólo el amor cree que es una herida postergada.

Cuarentena

José Manuel Dorrego

Hoy han precintado el circo, ya es oficial. Que estamos en cuarentena, dice un papel con sello de no sé qué Ministerio que han traído dos tipos de la Autoridad con aspecto inquietante.

—Hasta nueva orden—, ha recalcado entre dientes el más alto de los dos mientras se cambiaba el palillo de un extremo al otro de la boca. Y ha añadido: —No entra ni sale nadie hasta nueva orden: les mantendremos informados.

Por fin, se han despedido con un indeterminado *y mantengan las distancias*, sin mayor precisión. Como director del circo, es mi obligación hacer que no cunda el pánico. Nosotros no tenemos inconveniente en recluirnos, aunque echaremos de menos, eso sí, el sol y esas caras de fascinación con las que nos reciben cada vez que llegamos a la ciudad. Lo malo es que nos han dejado confinados con un centenar de espectadores que ya habían pagado la entrada y estaban ocupando sus asientos. Convivir con el público no estaba en nuestros planes. Y supongo que tampoco en los de ellos. No creo que ni ellos ni nosotros estemos preparados para coexistir demasiado tiempo. El público paga para que les sorprendamos, no para compartir nuestras miserias.

El encierro

Elena Casero Viana

Suelo despertar con el canto de los mirlos. Este pájaro, como si fuera un contratenor, enlaza estrofa tras estrofa, breves y variadas. Tiene un tono melancólico. Es un pájaro madrugador. Él más que yo, que me dejo llevar indolente entre los últimos resquicios de los sueños. Este constante canto me relaja, siempre lo ha hecho, aunque ahora lo necesito más, en estos momentos en que es tan necesaria la paz. Ahora que confinarse supone encerrarse consigo mismo. En ese silencio interno mientras nos escuchamos el pulso, el bombeo del corazón. Imaginamos la sangre haciendo el circuito por nuestro cuerpo, las neuronas emitiendo chispazos en nuestro cerebro cuando leemos, cuando escuchamos las noticias, las tranquilizadoras, que son mínimas, o las extremistas, los gritos y las alarmas. El miedo, siempre a las puertas de la mente.

Lo más difícil es escuchar la mudez de los pensamientos. Es, entonces, cuando pienso en un mirlo blanco.

Encuentro

Ildiko Nassr

Diez extraños reunidos en una casa. Sillones y pisos blancos. Una enorme biblioteca. Los unen el miedo y la expectativa. Tienen objetivos claros, pero no saben muy bien cómo llegar a ellos. Saben que no pueden salir y que tienen que poner mucho de sí mismos. El taller literario intensivo durará diez jornadas y cada quien debe finalizar un libro propio.

Cada uno habla de lo que más le agrada y se suceden los chocolates, las canciones de amor, la lluvia, las medias de colores, los días de sol, la playa, el mar, los perros, los gatos, los dragones, la espumadera de la cocina.

No saben, todavía, lo que les espera.

Turbulencia

Patricia Nasello

Cuando cambiaron las fieras por humanos, al fin el circo despertó mi interés. Me encantaba ver a los viejos cruzar el aro de fuego con sus piernas débiles, flacas, patéticas; y el terror en los ojos. Pero el terror de los viejos, por rozar lo inhumano, me aburrí pronto: se parecía demasiado al de antes, al de los animales.

Ahora pago la entrada sólo para observar a los niños que el mago saca de la chistera. Parece que sufrieran una turbulencia interna. Se elevan como palomas, con ese braceo torpe que los caracteriza, hasta la cima de la carpa; o hasta que se les acaban las fuerzas. Y caen.

Viaje a la semilla

Katalina Ramírez

Les contaré sobre una mujer que ha sido muchas mujeres, que ha olvidado y recordado infinidad de veces su origen estelar: ha sido llamada Dina, Helena de Troya, Malintzin, la papisa Juana, Elsa Morante; ha sido sacerdotisa, amazona, princesa, curandera, guerrera inca, bruja, aristócrata, judía, revolucionaria, poeta, una joven suicida; ha vivido en la Atlántida, Israel, Jerusalén, Esparta, Japón, Alemania, el México prehispánico y el contemporáneo; una mujer que tiene luz en las venas; una mujer herbaria en sus instintos y arbórea en sus palabras.

Ella me visita en mis sueños y me cuenta su historia; pequeños fragmentos que desgrana cada luna.

El escape

Karla Barajas

Escucharon golpes dentro del ataúd de madera. La familia abrió el féretro con la esperanza de que la niña estuviera viva, pero su corazón seguía sin latidos, su piel estaba pálida y sus brazos rígidos sostenían una muñeca antigua. La madre se abalanzó sobre la pequeña y tuvieron que sacarla forcejeando, pero estuvieron atentos porque también ellos habían escuchado sonidos dentro de la caja, aunque al final la cerraron.

Oraron con devoción, los ojos cerrados, las manos al cielo y dejaron olvidada a la muñeca en el piso, que se escapó de ser enterrada junto con la muerta.

Soñar es bello

Dina Grijalva

En una ciudad lejana, Elisa y Miguel se enamoraron locamente y empezaron a vivir en una fiesta perenne. Gozaron la gula, la lujuria, la pereza y otros placeres. Pronto fueron un ejemplo y todas las mujeres y hombres de esa villa les imitaron. Allí, la naturaleza también resplandece: los abedules parecen querer tocar el cielo, las amapolas inundan con sus flores rosas todo lo que los ojos ven, las aves cantan desde el alba hasta el siguiente amanecer.

Por amor a la vida dejaron de comer animales así que vivieron felices para siempre sin comer perdices.

Guiso de gallina

Paola Tena

Desde que el marido de Úrsula cruzó de mojado la frontera, su compadre no dejaba de buscar cualquier pretexto para visitarla en su casa y ella, adivinándole las intenciones, lo invitó a comer un domingo a mediodía y preparó para agasajarlo un guiso de gallina, servido con dos salsas distintas.

—¿Cual le gusta más, compadre? —le preguntó entrecerrando los ojos, como calándolo.

—Los dos están muy sabrosos, comadrita, pero para serle sincero, esta gallina con salsa de chipotle no tiene rival.

—Mire qué curioso —respondió Úrsula, —porque esa receta me la dio mi comadrita, su mujer. Y luego agregó: —¿Sabe que estoy pensando, compadre? Que la gallina siempre es la misma, y lo único que cambia es la salsa. Como con las mujeres, ¿no cree usted?

Entendiendo la indirecta, el hombre siguió preocupándose por su comadre, pero eso sí, de lejecitos y sin hacer más intentos por degustar su guiso de gallina.

SEGUNDA JORNADA

Donde se razona quienes,
perseguidos por diversas
contrariedades, han llegado, contra
toda esperanza, a buen fin

Luz

Patricia Nasello

El Paredón de los Fusilados es un mal sitio de arribo, sin embargo allí está él. Llegó con esa soledad absoluta de quien en el afán de negar, hasta cuando le mostraron a su ángel custodio declaró que no lo conocía.

De pronto, una sombra acribillada se desprende del muro y sale a su encuentro. Se trata de una oscuridad de obsidiana, de una negrura de dragón caído; de un espanto que, sin embargo, habla con alianza en las heridas:

—Te perdono —dice.

Buen término

Karla Barajas

—Regálame un peso para mi comida —me dice el hombre que por las noches duerme en la banca del parque.

Un peso, aunque sé que me está pidiendo la cuota y me golpeará si no le doy lo que gané limpiando parabrisas. Le doy cien pesos y drogas; sé que se narcotizará porque esta semana su adicción empeoró.

Recibe mi capital con la mano izquierda, el zurdo se inyecta heroína esa misma noche y se aprieta el corazón antes de fallecer. Diría que tengo remordimientos, pero sería mentira porque ahora duermo en su lugar, no en el piso, y aunque recojo la cuota de los otros, jamás los golpeo.

XL

Adriana Azucena Rodríguez

La cuarentena se extendió los siguientes cuarenta meses, a los que se sumaron cuarenta años de claustro. Y se llegó a decir que cuarenta siglos nos aguardaban. Estamos encerrados en forma de apuntes de un futuro libro sagrado.

Madame Bovary abre tienda en París

Carmen de la Rosa

“Querido Charles: el dinero que te envío es para saldar mis deudas y sufragar la educación de nuestra hija Berthe. Lo encontré enterrado en un cofre entre las lavandas del jardín trasero. He cambiado de nombre y te ruego que no me busques, que me olvides como si hubiera muerto. Ahora sé que ningún hombre en la tierra está hecho a la medida de mis fantasías. Pido tu perdón por el daño que te he causado.”

Emma

Cuando acaba de firmar la carta, suena la campanilla de la puerta de “Tejidos Madame de Beauvoir”. Emma sale de la trastienda envuelta en un vestido de seda a juego con el azul transparente de sus ojos y atiende al caballero que solicita una tela para el vestido de noche de su esposa. Ella despliega sobre el mostrador una pieza de terciopelo escarlata que brilla bajo la luz de la mañana como unos labios mordidos con deseo. Él la mira a los ojos y le propone pagarle lo que quiera por pasar una noche juntos. Emma sonrío y le dice: *No se equivoque, señor. No seré esclava de otro placer que no sea el mío.*

Sobre la marcha

José Manuel Dorrego

Hoy se cumplen cuarenta y ocho horas desde que nos precintaron el circo con público y todo en el interior. Para ser una situación anómala y por sorpresa, creo que el personal lo está llevando bastante bien en líneas generales. Lo que más me preocupaba eran los espectadores, porque al fin y al cabo nosotros nos hemos quedado como encerrados en nuestra casa. Para ellos, esto es como ir a visitar a un pariente lejano y que no te dejen salir. Les he explicado la situación y, aparentemente, la aceptan, pero no me fío. De momento, se mantienen en sus butacas, aunque cada vez se les nota más inquietos, como que a cada rato se revuelven más en sus asientos. Para amenizarles el día, de vez en cuando alguno de nosotros hace un número en la pista central que yo suelo presentar con todo el entusiasmo del que soy capaz. Hasta ahora, las actuaciones están siendo respondidas con ovaciones más que aceptables. Para mañana les he prometido el número del unicornio que habla alemán con acento francés y han respondido con una considerable ovación. Ya iremos viendo de dónde sacamos un unicornio...

Caballitos de colores

Elena Casero Viana

La veía todos los días a la puerta del café donde desayuno, sentada sobre unos cartones. A pesar de sus ojeras, de su pelo desteñido y de su ropa desgastada, se notaba que era joven. A su lado, una niña. Un día me detuve junto a ellas. Saqué el móvil. Fingí estar leyendo un mensaje.

Pronto te compraré aquellos pantalones blancos y el suéter del escaparate y las zapatillas de color rojo. Y después iremos a la feria, añadió la niña, a montar en los caballitos de colores. Y compraremos algodón de azúcar y subiremos a la noria. Luego comeremos la hamburguesa más grande y muchas patatas fritas.

La niña tiritaba acurrucando su cuerpecito junto al de la madre. Y la miraba como solo se mira la esperanza.

—Extraño a la mujer que se sentaba a la puerta. Hace muchos días que no la veo. Ojalá esté bien. Quizás Dios se apiadó de ellas, le rezaban con una constancia que enternecía —me ha dicho esta mañana el camarero de la cafetería.

He sonreído. No le he dicho que las he dejado comprando las zapatillas de color rojo.

El verdadero amor

Dina Grijalva

*La soledad es peligrosa. Es adictiva.
Una vez que te das cuenta de cuánta paz hay en ella,
no quieres lidiar con la gente.
Carl Jung*

Al fin he encontrado a mi verdadero amor. Ese hallazgo me hace vivir en un estado de euforia y voluptuosidad perenne. Cada amanecer despierto dichosa, me abrazo, camino, leo, siempre en mi nube de felicidad.

Al atardecer me invito a tomar café y antes de dormir, feliz, me invito una copa de rojo vino.

En espiral hacia afuera

Katalina Ramírez

A Edgar N.

Dina, una feminista disfrazada de víctima en la Biblia, no fue realmente violada, sino una mujer apasionada que prefirió romper las reglas antes que su corazón. Jacob, el padre y patriarca, no pudo comprenderlo, sino hasta ahora, cuando Dina, en otro cuerpo —pero con la misma mirada— se presenta ante él en el círculo para pedirle perdón y perdonarlo. Hija y padre se abrazan, hija y padre se hermanan, hija y padre llaman al viento para que derribe las paredes que él ayudó a levantar.

Justicia poética

Paola Tena

Cuando el chofer le anunció *aquí es* y abrió la puerta del microbús, él se bajó con la maleta llena de sus pertenencias apretujadas y se quedó más perdido que la proverbial aguja en el pajar de la gran ciudad. El día en que le entregaron el nombramiento le explicaron mil veces y una cómo llegar a un hotel cercano a su nuevo empleo, sin embargo, en noche cerrada todas las calles se parecían y en una de ellas lo sorprendieron tres tipos que le hurgaron en bolsillos que ni él mismo sabía que tenía, lo dejaron hecho un ovillo a punta de patadas junto al muro de una vivienda y huyeron.

Oyendo el escándalo, una viejecita se asomó por la ventana de la susodicha casa y viéndolo tan malherido, como pudo lo ayudó a entrar, le desinfectó las heridas con alcohol del '98 y le ofreció una muda de ropa de su difunto marido para cambiarse el traje hecho jirones.

Al otro día se personó en su nuevo empleo. *Buenos días, Señoría*, lo recibió el secretario del juzgado, *perdone que no lo vamos a dejar ni respirar, pero están esperando sentencia unos facinerosos que acaban de coger*. Cuando el nuevo Juez de Instrucción salió a la sala de audiencias llevando todavía la ropa prestada, no pudo evitar sonreír satisfecho ante la cara de sorpresa de sus tres amigos nocturnos. El día estaba empezando muy bien.

Una salida

Ildiko Nassr

Han salido de casa sin abrigo y ya empieza a nevar. No pueden detener la caminata en este punto o morirían congelados. La mujer piensa en las bolsas de comida congelada que reposan en el *freezer*. El hombre aprieta la navaja suiza en su bolsillo. No quiere que ella sepa de sus temores. Sabe que hoy no será el último día de sus vidas y no piensa desperdiciar ni un minuto en preocupaciones vanas. Deben ir por su objetivo y regresar a casa lo más rápido posible. No debe darle poder al frío que podría terminar con ellos. Le hace una señal a la mujer para que apure el paso. No es lo más adecuado. Está desesperado, pero quiere mantenerse calmo ante ella.

La mujer camina casi sin sentir los pies: percibe cómo se van congelando los dedos y el frío sube por el cuerpo cansado. Si llega al corazón, morirá. Apura el paso ante la señal del hombre. No quiere mostrarse débil o cansada ante él. Caminan contra la nieve y el viento. Llegan a destino cuando la noche cubre todo con su manto oscuro.

Recogen la cesta que está en el lugar indicado y emprenden el regreso en el mismo silencio que sólo se interrumpe por el sonido de alguna sirena a lo lejos. Al regresar, podrán alimentar a los otros infectados hasta que la primavera derrita la nieve y mueran. O sanen. Lo que ocurra primero.

TERCERA JORNADA

Donde se habla sobre alguien que
hubiera conseguido con ingenio
alguna cosa muy deseada o alguna
perdida recuperase

Vueltas

Ildiko Nassr

Ildiko Nassr me preguntó esta mañana dónde había estado todo este tiempo. Le respondí que probablemente haya estado viajando. No sabía qué palabras poner en mi boca para que no vuelva a usurpar este lugar que yo estuve ocupando las últimas semanas. Yo, que ni siquiera recuerdo mi propio nombre.

Y ella se despertó tan alegre y tan llena de sensaciones traídas desde su infancia que no pude evitar despedirme y dejarla volver.

Memoria de una semilla

Katalina Ramírez

La mujer me dijo que necesitaba contarme su historia para recordar su esencia, y al hacerlo ha recobrado la memoria:

Nos han llamado ángeles, dioses, superbéroses, y de muchas formas —según la época y la cultura—, lo único que sé es que soy una semilla y que un día me convertiré en un árbol. Han tratado de podar nuestras ramas y de contener nuestras raíces, han tratado de exiliarnos del paraíso, pero al fin he recordado que el único paraíso reside dentro de nosotros.

Sólo se van los buenos

Paola Tena

Era Dimas de tan mala calaña y peores pulgas que no le hacía ascos ni a los asuntos más turbios: se aseguraba siempre de saldar sus deudas con billetes falsos, comer sin pagar aunque fuera una manzana en el mercado y robar las monedas de la canasta de los mendigos ciegos. Nunca se negaba si lo invitaban a participar de crímenes jugosos aunque tuviera que desplazarse y fue en uno de estos viajes cuando, cargado con una pequeña enfermó repentinamente en un pueblo alejado de la mano de Dios; agonizando, entregó hasta el último de los malhadados billetes para que lo sepultaran en una tumba con su nombre, porque siendo niño su abuela lo asustaba contándole que las almas de los enterrados en la fosa común no encuentran descanso.

Creyendo que se trataba de una donación, los habitantes del pueblo construyeron una escuela, ampliaron el centro de salud y reformaron la ermita, donde desde entonces veneran a Dimas como a un santo. Lo único que lamentan estas buenas personas es no haber tenido tiempo de postularlo como candidato a gobernador del Estado, o como mínimo, diputado al muy honorable Congreso de la Nación.

Tercera Jornada

De lo perdido

Adriana Azucena Rodríguez

Nunca se recupera lo que amamos porque se queda siempre con nosotros. Lo que ocurre es que no lo sabemos y por eso lo creemos perdido. Hasta que, a veces, un día...

Las Kareninas

Carmen de la Rosa

Ana ya no añora el corazón de Vronsky palpitando contra su pecho, ni sus abrazos, ni la borrachera de sus besos. Ya no. Hace meses que atravesó Rusia, oculta en un carruaje con su hijo mayor, Seriozha, y la pequeña Ana. Cruzó la frontera suiza. Vendió sus joyas y compró la casa. En San Petersburgo se rumoreaba que unos asaltantes los habían asesinado, a ella y a los niños. Poco a poco fueron llegando las otras. Huyeron de sus maridos y de los amantes apuestos que las intercambiaban como si fueran muñecas vestidas de seda y tafetán.

Las extranjeras, así llaman los habitantes de Brienz a las mujeres que viven con sus hijos en la casa del lago, que persiguen luciérnagas en el jardín, descalzas, en las noches de verano. Ya acabó para ellas el encierro y la locura y el daño. Su desesperación de bellas fieras enjauladas. Ningún Karenin les podrá negar el divorcio, ni arrebatables sus criaturas.

A veces Ana despierta en la madrugada, escucha el silbido de una locomotora que se acerca, el traqueteo de las vías de un tren fantasma y siente el vértigo de evitar, en el último segundo, la muerte.

Divertimentos

José Manuel Dorrego

Últimamente venía notando que el número de Zambo y Chuky – el payaso triste y el payaso alegre de nuestro circo– no estaba a la altura del resto de los números. No es que el público silbase, nada de eso, pero al terminar la actuación se escuchaban unos aplausos levísimos y monótonos, de trámite, como diciendo: “Aplaudimos porque se nota cierto esfuerzo, pero no es lo que esperábamos”. Por eso decidí que Zambo hiciese también de payaso alegre, así que nos ha quedado un número divertidísimo. ¿Qué se pierde el contraste Alegría versus Tristeza? Completamente de acuerdo. A veces tenemos que dejar ciertos principios tirados por el camino, gajes de la vida, pero a cambio, la gente no para de reír. Un público contento es siempre un público que aplaude. Y un público que aplaude es incapaz de pedirte que les devuelvas el dinero de la entrada porque no les ha convencido el espectáculo. Al fin y al cabo, si lo piensas, nos pagan para divertirse. Para desgracias, las que tienen ahí afuera, en cuanto acabe esta cuarentena, empiecen a abandonar la carpa del circo en fila de a uno, abran la puerta de sus hogares y se les caiga la casa encima.

El visitante del gabán caqui

Elena Casero Viana

Tomé asiento, a una indicación del hombre, frente a su escritorio. Todo en aquel despacho era de sello antiguo como si el tiempo se hubiera detenido en un pasado indefinido. Junto al escritorio había un perchero de cinco brazos del que colgaba con desmayo un gabán de color caqui.

El hombre sacó unos papeles y me dijo que los leyera con detenimiento. Me advirtió de que no firmara nada sin estar absolutamente seguro porque ya no habría marcha atrás.

—No habrá problemas al final, ¿verdad?

—En absoluto, esto es absolutamente legal, amparado por la Ley. No ha de tener usted ningún temor.

Yo no estaré presente cuando este hombre u otro semejante se presente en mi casa, vestido con el gabán caqui y una cartera negra bajo el brazo con los papeles firmados por mí. Yo no estaré presente, pero me voy riendo de antemano al imaginar la cara de mis hijos cuando se den cuenta de que nunca he estado más cuerdo.

Encuentro marino

Dina Grijalva

El viento agita mi vestido de playa mientras me acerco hacia él. Cuando estamos cerca, decido sentarme en la arena y es él quien viene a mí. Cuando llega y toca mis pies, mi piel tiembla. Sube por mis piernas, levanto mi vestido para que nada se interponga entre mi deseo y él. Me acaricia y penetra intenso entre mis muslos. Olas de placer me inundan.

La propuesta

Patricia Nasello

Cierta bruja convierte a la hermosa joven en una estatua. Aun cuando el miedo agudiza el tormento, su espíritu ocupa las próximas horas en abrirse paso a través de aquella singular cárcel de mármol que lo apresa, y aprende. Ahora mira por los ojos de la estatua, escucha por esos oídos, e incluso podría decir algunas palabras con sus labios rígidos. Sabe que sólo la noche, maestra y reina de hechizos, tiene el poder necesario para ayudarla.

Apenas oscurece, habla según lo había planeado:

—Si me devuelves mi cuerpo te regalo una muñeca vestida de tul, tres caramelos y un globo amarillo —dice con dulzura.

La noche todavía es una niña inocente.

El empeño

Karla Barajas

Recogí a mis hermanos en la primaria, y me acompañaron a ver cosas en la tienda “Importaciones Capulín”. Francisco traía la mochila en la espalda y, sin darse cuenta, derribó un banco de madera que se rompió.

—¡Hasta que no lo paguen no se van! —me sentenció el vendedor.

El hombre amenazó con llamar a la policía; yo estudiaba la secundaria, así que le creí y pensé que mis hermanos y yo iríamos a una celda. Me quedé viendo al destructor con su mochila repleta de libros de texto gratuito.

—¡Le dejo esto, no lo toque hasta que vuelva! —prometí. Bien podría no haber cumplido, porque era tarde y no conseguía el dinero pero al final, ambas partes consumamos el trato. No recuerdo qué hice para juntar la cantidad, pero pagué el banco; así recuperé la mochila y a mi hermano empeñado, al que por cierto, no tocaron.

CUARTA JORNADA

Donde se razona sobre aquellos
cuyos amores tuvieron un final
infeliz

MicroDecamerón

Liberación

Adriana Azucena Rodríguez

Ya no sueño contigo. Ahí está mi insomnio de testigo.

Ajuste de cuentas

José Manuel Dorrego

Que Igor, el forzado de nuestro circo, tenía un romance con Raisa, la partener del lanzador de cuchillos, es algo que sabía todo el circo. E incluso buena parte de los espectadores, a poco vivos que estuviesen. Pero precisemos: los sabía todo el circo menos Pietro, el lanzador de cuchillos. O al menos no se enteró hasta el último día, cuando cazó al aire una conversación en la que se hablaba de su cornamenta. Ese mismo día, el tercero de los cuchillos fue a parar al cuello de Raisa, con tal fuerza y tanta rabia que lo atravesó y quedó clavado en la madera, tambaleándose. Fue la primera y única vez que hemos visto llorar a Igor el forzado, un tipo rudo e impertérrito capaz de levantar una caravana con la mano izquierda mientras se lía un cigarrillo con la derecha. Y todo ello, sin darse apenas importancia.

Nota de cata

Carmen de la Rosa

La enóloga chocó su copa de brandy Gran Reserva con la de su prometido, se la llevó a los labios y bebió un trago corto de aquel líquido caoba oscuro. A petición de los invitados a su ceremonia de pedida, besó después a su novio en la boca. Cerró los ojos y se concentró en su paladar, en el que se mezcló un suave toque a ciruelas y pasas del brandy, con la dulzura de la boca del hombre al que amaba. Al final del beso, una vez que se hubo extinguido el regusto a taninos del brandy en sus papilas gustativas, reconoció, oculto en el fondo de la boca de aquel que le había prometido amor eterno, el inequívoco sabor de otra saliva femenina.

La peste

Paola Tena

Cuando se inclinó sobre la figura que agonizaba en la cama, reconoció con horror a la mujer con la que había yacido dos noches antes. Se echó hacia atrás asustado, y tambaleándose se llevó la mano derecha a la careta con pico de pájaro buscando un poco de aire.

—No se la quite, doctor. Se va a infectar —lo detuvo uno de sus ayudantes.

Pero ya era tarde, estaba contagiado sin remedio de la enfermedad más letal de que se tuviera noticia. El médico murió una semana después entre aullidos desesperados repitiendo el nombre de la mujer, víctima del mal de amores.

Aroma a suavizante

Elena Casero Viana

La blancura de la sábana era total. Él, que desde el principio de su matrimonio, cuando la felicidad era como un rayo de sol constante, había insistido en acostarse sobre ropa limpia y olorosa a diario, no tendría queja esta vez.

Ella había intentado disuadirle de este capricho en numerosas ocasiones. Sin fortuna. No le importaba si era una carga de trabajo adicional para ella. La ropa se amontonaba en el cesto y después en la plancha. Su indiferencia era inversamente proporcional a su amor.

Miró de nuevo la sábana al trasluz. Se la acercó hasta la nariz. Un agradable aroma a suavizante la inundó de paz. Después la extendió sobre la cama, envolvió el cuerpo inerte de su marido en ella y le deseó un buen viaje.

Anciano

Ildiko Nassr

A los setenta y siete años, Julián sale en libertad luego de largos años encarcelado por el crimen de su esposa. Nadie lo espera. Vive en un cuartucho. Solo y con la estricta disciplina adquirida en la cárcel, que incluye duchas heladas a determinadas horas del día, sesiones de abdominales, horas muertas.

Su casera es una mujer de cuarenta y ocho años con dos hijos, gemelos de once. Es amable y distante. Él se enamora perdidamente, como si fuera un adolescente de dieciséis años. Julián sueña con ella. Escribe su nombre junto al suyo en la pared. Cuando la oye salir, va por detrás, como una sombra muy oscura. Ella lo rechaza cada vez que la invita a un trago. Lo mira con asco. Él siente el rechazo y eso lo excita más.

En la calle, le susurra barbaridades. La persigue. Si no se le hubiera ocurrido pedir ayuda, probablemente Julián no hubiera sacado la faca. Pero regresar al conocido reclusorio no lo asusta. Es un anciano y le quedan pocos años de vida. Y ella no será de nadie más.

Retrato de mujer con dragón

Patricia Nasello

Según dicen, fue él quien destruyó los cultivos. Ella cree lo que dicen y estima, por lo tanto, que urge detenerlo. Se protege con una cota de malla que alguien le acerca y toma la lanza que perteneciera a su padre. Lo encuentra solo, vistiendo harapos, rodeado por la ceniza que su locura incendiaria ha provocado (siglos después, el pintor evocará la escena retratando a una guerrera que, lanza en ristre, observa a un dragón como si con su sola presencia pudiese dominarlo; los versos del poeta, en cambio, hablarán de sus dudas, de su íntimo deseo de haber perdido la huella o disuadir por la palabra). Parece haber adelgazado en los últimos meses y la mira con aquella vieja furia de él, tan vieja que olvidó su origen. Con furia y, justo es reconocerlo, con el mismo amor de siempre.

La ponzoña del desconsuelo apura la mano.

Por unos momentos él permanece de pie, dos lagos quietos los ojos, sin darse cuenta que ha muerto. Algo habrá leído ella en el espejo de esos ojos y algo de barco que se hunde ocurre luego porque siente que naufraga dentro de sí misma y el cuerpo del hombre, sobre la tierra calcinada, se diría un madero flotando a la deriva.

Sol y lluvias mediante, el pueblo siembra y cosecha el algodón con el cual comenzará a bordarse la leyenda.

El viajero del tiempo y el espacio

Katalina Ramírez

A Nemesio

Conoció a un viajero del tiempo y el espacio. No tenía un lugar al cual pertenecer, así que fue hacia ella, hacia el fuego de su cabello —el cual lo fascinaba—, pero no podía permanecer en él por mucho tiempo, pues lo quemaría, así que se iba de tanto en tanto para aparecer nuevamente cuando menos lo esperaba, cuando se rompía alguna parte de ella; a veces las manos, a veces los labios y otras varias el corazón.

Era muy extraña la forma de entrelazarse, como si fuera adrede eso de buscarse para luego perderse con la misma facilidad, como dos niños jugando a las escondidas en un pequeño cuarto con la luz apagada.

Teseo, como lo llamaron en uno de sus viajes, sabía que era cuestión de esperar a que la brújula indicara los trazos a seguir, pero en este laberinto se tropezaba. A pesar de que en otros tiempos se le quería como a un héroe legendario, esta vez solo era un caminante, un vago de la media noche buscando la promesa de Helena, el hilo rojo de sus cabellos.

El viajero seguirá caminando, y ella arando su tierra; ambos seguirán andando, cada uno, su camino entrelazado.

Destino

Karla Barajas

Me inquietó la preocupación de mi amado por mi nuevo lugar de residencia, porque según creía él yo estaría en el paraíso. Busqué un pájaro de ébano que cruzara las tinieblas y me sirviera como mensajero para explicarle que nunca más estaríamos juntos. El lisonjero cuervo, siguiendo instrucciones respondió lo aprendido: *¡Nunca más!*

¿Cómo imaginar que el hombre se pondría a desahogar sus penas con el pájaro? ¿Y que el cuervo lo desquiciaría respondiendo a todo con la misma frase? ¡Nunca pensé que la desesperación lo llevaría a abrazarme esa misma noche y para siempre en el infierno!

Vivir en Virtualandia

Dina Grijalva

Se conocen en pantalla, se dan laik. El escenario de su amor es el ciberespacio, allí son felices: su vida es chatear, mensajear, guglear, clikear, twitear. Por whatsapp, feisbuk, messenger, instagram, youtube, zoom, su amor crece y se enredan más cada minuto.

Para su desgracia, un error irreversible el software los separa para siempre.

QUINTA JORNADA

Donde se razona sobre lo que a
algún amante, después de duros o
desventurados accidentes, sucedió
de feliz

Para toda la vida

José Manuel Dorrego

La historia de amor entre Danna, “La mujer pájaro”, y Hasper, “El fantástico hombre bala”, era un secreto a voces en nuestro circo. Bastaba ver el cruce de sus miradas clandestinas entre bambalinas. O cuando coincidían en el pasillo entre camerinos, esa manera de rozar sus vestidos tan furtivamente. Un día, se encontraron en el aire. Hasper acababa de salir disparado de la boca del cañón mientras practicaba la “salida torbellino” y se cruzó con Danna, que ensayaba posturo de vuelo a media altura. Frenaron en seco y se quedaron suspendidos, como levitando. Danna le sonrió y bajó los ojos, ruborizada. Hasper la tomó de la mano, le acarició el dedo índice, la besó en la mejilla y ambos comenzaron a ascender hasta perderse entre el negro de la noche. De eso hace ya casi tres meses y no hemos vuelto a saber de ellos. Nos jode porque se nos han caído dos números de golpe, pero en el fondo somos, pese a lo que digan, unos sentimentales: cruzamos los dedos para que no vuelvan a aparecer jamás.

Al final

Karla Barajas

En su primera presentación de libros el auditorio se llenó. Sin embargo, a las lecturas de su segunda obra no acudieron parientes, amigos, ni siquiera curiosos, por lo que la escritora tomó la decisión de leer sus textos de todos modos e invitó al guardia de seguridad que custodiaba la puerta y la observaba cargando su mochila.

La literata leyó un fragmento de su obra, pero pensó que torturaba al hombre y se prometió no volver a las presentaciones. El guardia, al verla salir del centro cultural, apretó la mochila donde tenía los libros de la autora, la única a la que había leído y su favorita dentro de la literatura mexicana. *En la siguiente presentación le pediré su autógrafo*, se dijo el hombre. Ella no escribió más y él, a la postre, dejó la lectura.

Casamiento

Katalina Ramírez

En el primer viaje de ella (hacia él; hacia el cuerpo de él, hacia su piel y sus manos, hacia su cama y su habitación diminuta), se vaciaron y volvieron a llenar el uno en el otro y la otra en el uno múltiples veces, y sus hilos se trenzaron —por primera vez— de forma paralela en calles, pueblos, restaurantes, museos, tiendas, en un parque, en un templo, en un mirador (donde observaron miles de hilos tejerse y se imaginaron a sí mismos repetidos hasta el infinito hacia atrás y hacia adelante —como los mira Dios desde su omnipresente asiento—) para volver a su camino perpendicular en un aeropuerto.

Al volver, Helena, la enamorada Helena, no quería seguir esperando, así que se casó con la única persona que no se marcharía jamás: con ella misma.

Pandemia perene

Dina Grijalva

Se conocen, se enamoran locamente, sufren por las jornadas laborales que les impiden estar mucho tiempo gozando de su amor, llega un virus letal, el gobierno obliga a toda la población a quedarse en casa. Se encuarentenan –y todo lo demás– en la casa de ella. Desean que el virus no desaparezca jamás.

Amor de jóvenes

Paola Tena

Mi tía se escapó a los catorce años con un novio al que había conocido en un campamento de verano. Las vecinas, enteradas de todo el idilio incluso antes que los interesados, le informaron al abuelo que la pareja había puesto rumbo a Cuencamé. Él bajó una maleta del clóset y metió a la carrera las dos cosas que le cupieron, después de dar parte de la fuga a la señora Marisa, madre del novio y antes de pasar a recogerla en su Golf verde del '59; cada quien se iba a ocupar de su hijo, él ya cumplía con haberle avisado.

Cuando llegaron a la estación del pueblo el autobús ya había salido, así que condujeron ocho horas hasta Cuencamé en el carrito destartado de mi abuelo, tiempo que les dio de sobra para contarse los vericuetos y avatares de la vida de cada uno, y encontrar que al fin y al cabo no eran tan diferentes, e incluso hasta se caían bien. Sorprendieron a los enamorados en la carretera pidiendo aventón de noche para ir hasta la Ciudad de México. El viaje de regreso fue de silencio sepulcral por parte de mi abuelo y reproches sin fin por la de la madre.

Los jóvenes enamorados se separaron al volver al pueblo y nunca más volvieron a dirigirse la palabra, pero el amor a veces triunfa: cuando el abuelo falleció, entre sus cosas encontramos un atadito de cartas románticas, todas con la misma firma: *Marisa*.

Se busca final

Adriana Azucena Rodríguez

Claro que tuvimos un final feliz. Y por supuesto que, como siempre sucede en las malas comedias románticas, no supe reconocerlo. Y, finalmente, ni siquiera reconocí el final triste.

El refugio

Patricia Nasello

Nadie osa destazar árboles allí: el Lobo Feroz los protege. Roja hace a un lado su caperuza de guerra y depone las armas. Con suavidad, como quien pisa un lugar sagrado, colándose bajo la sombra del caldenal, se acerca al Lobo y lo besa en los labios.

Ahora, el Lobo y Roja efectúan juntos las rondas de vigilancia.

Silfos, ondinas, salamandras y gnomos aúnan hechizos para que se multipliquen en crías saludables. Quizás así, susurran en su melodioso idioma, se salve de la depredación humana la última arboleda que resta sobre la Tierra.

A través de las sombras

Elena Casero Viana

Cada noche se asoma al telescopio. Se abstrae observando las estrellas, los cometas o la vía láctea. Permanece así varias horas. Cuando las luces de la ciudad se van apagando, los ruidos se amortiguan y la gente se recluye en sus casas, él ajusta la dirección del foco. Lo dirige entonces hacia las ventanas, hacia las sombras que se intuyen a través de las cortinas, a los gestos, cariñosos unos, bruscos otros. Hace un barrido visual por el barrio. Todo es igual cada noche. Cambia de nuevo la dirección hacia el firmamento. Sin embargo, algo le hace retroceder hacia las ventanas. Una cortina abierta, una figura femenina. Enfoca la lente hacia allí. Sonríe. Se da cuenta de que está siendo observado. Un telescopio como el suyo.

Después de varios meses han dejado de buscar vida inteligente en el firmamento.

El amor es eterno mientras dura

Ildiko Nassr

Lleva un perfumero con su sangre colgado del cuello, como si fuera un indefenso adorno. Juraron amarse eternamente y, con sangre, firmaron las actas de su matrimonio. Días y noches se amaron con todos los adjetivos posibles. Incluso inventaron nuevos adjetivos para su loca pasión.

La eternidad caducó a los tres años, el perfumero fue a dar a la basura, pero el amor fue eterno.

Tal para cual

Carmen de la Rosa

Cuando la catoptrofílica entró en aquella cristalería del casco viejo y se vio multiplicada en las lunas que forraban las paredes, experimentó un orgasmo múltiple. El cristalero, que era un *voyeur* empedernido, se enamoró al instante de ella. Ahora le fabrica bellísimos espejos facetados, esféricos, cóncavos, convexos, caleidoscópicos. Ella goza al contemplar tan variadas versiones de sí misma y él, al mirarla.

SEXTA JORNADA

Donde se discurre sobre quien con algunas palabras ingeniosas se resarce de algún ataque, o con una rápida respuesta u ocurrencia escapa a la perdición o al peligro o al deshonor

Los sirenos

Dina Grijalva

Son seres asombrosos y sensuales y propiciadores de deleite. Están dotados por la naturaleza –o tal vez por las diosas, no lo sé– de atributos felices. Porque los sirenos son lo opuesto de las sirenas: son viriles y hombres perfectos de la cintura hacia abajo y bellos peces del torso hacia arriba. Con lo cual podemos proceder libremente a nuestro antojo –sin instrucciones ni peticiones engorrosas– y obtener nuestro placer. Y, además de todos los deleites que brindan, dan besitos de pescado.

El secreto de Don Ambrosio

Elena Casero Viana

Apareció en silencio, como si flotara, sobre el suelo de piedrecillas del cementerio. Vestía un traje de chaqueta negro sobre una blusa blanca de la que apenas se veía la gorguera de puntilla que envolvía su cuello.

Se situó al final del círculo que rodeaba la tumba de Don Ambrosio, el prócer de la aldea. Y comenzaron los cuchicheos mientras el párroco seguía con su interminable letanía de alabanzas. Y siguieron las conjeturas. Y las elucubraciones.

La nariz, pétrea, que sobresale de un cutis delicado. Tiene la mujer un tono seductor en su porte que les hace recordar a aquella mucama que trajo él desde Cuba. Y ella, silente, etérea, abre el círculo y se acerca a la tumba. Se enjuga una lagrimilla discolorada que rueda por su mejilla. Mira a su alrededor. Mantiene la mirada de quienes la observan. Traga saliva y la nuez de Adán sobresale por la gorguera. Lee el epitafio: “Aquí yace todo un hombre, temeroso de Dios”

Pensó añadir algunas palabras más a ese epitafio sobre su hombría, pero prefirió reír. La gente, desconcertada, salió corriendo. Su carcajada profunda resuena por todo el cementerio.

Silencio

Ildiko Nassr

En la casa, hay un silencio diferente. Los enfermos han dejado de quejarse y su lamento es un zumbido de abejas. La nieve ha dado paso a un frío agradable. Algunos brotes se abren paso en la tierra yerma. Los que permanecieron sanos tienen un ánimo diferente: se sienten inmunes y eso les otorga una acidez particular a lo que escriben.

Hay humo en algunas partes de la casa que comparten. Dos hombres fuman sin piedad y sin respeto hacia los demás. Inundan todo con su olor. La mujer de los ojos celestes los increpa sin piedad y los incita a salir al bosque:

–Son cobardes para ir afuera, pero no para contaminar la casa –les dice y ellos no saben qué hacer y apagan sus cigarrillos.

El silencio parece devorarlo todo alrededor.

Volar

José Manuel Dorrego

No entiendo por qué no ovacionan ustedes con más entusiasmo. A veces, querido público, me indigna su indiferencia, esa manera tan intrascendente de presenciar nuestro espectáculo, como si estuviesen hojeando con desgana el suplemento de un periódico dominical en busca del sudoku. Sinceramente, he visto estatuas aplaudir de manera más efusiva. ¿Acaso no les gusta el número de nuestro funambulista? ¿Les incomoda que no se caiga? ¿Echan de menos algo de tragedia en su número? Sí, es eso: les molesta su perfección, pensar que todo sale según lo previsto. Pues pasen ustedes por taquilla todas las tardes y quizá algún día de estos puedan contemplar cómo, en ocasiones, tiene un traspie. Y ese día, el día que nuestro funambulista pierda el paso y se precipite al vacío, descubrirán ustedes su verdadero truco: comprobarán, en fin, que en realidad solo sabe volar.

Decían

Adriana Azucena Rodríguez

“En un mes volverá la normalidad...”, “Cuando regresemos a la normalidad...” Pero tú no estás. La normalidad sigue aquí. Tan normal como siempre.

Todos siguieron diciendo necedades.

La grulla

Paola Tena

Dicen que en el norte de México vivió un terrateniente amante de la caza, y habiendo obtenido como presa una grulla hizo que se la llevaran a su cocinero, un indígena llamado Juan, para que preparara la cena. Una criadita de la finca de quien él estaba enamorado, oliendo los maravillosos aromas que se escapaban de la cocina, después de mucho rogar lo convenció para que le diera un muslo de la magnífica ave.

Cuando llevaron el plato a la mesa, y el dueño descubrió que faltaba una parte de la grulla, furioso mandó traer a Juan, quien acudió temblando de miedo porque sabía la fama de su jefe.

—Las grullas nomás tienen una pata, señor —respondió a la pregunta de dónde estaba la otra. Y todavía se atrevió a añadir: —Todos lo saben.

—Mañana me vas a acompañar al lago, y como no encuentres una grulla coja, bueno... —le advirtió tocando la culata de la pistola que llevaba siempre en la cintura.

Salieron temprano al otro día y encontraron tres grullas en el lago, elevadas sobre una delgada pata negra, oculto el pico detrás de un ala.

—Vea jefe, nomás una pata —le dijo Juan.

—Porque están dormidas, güey, mira.

Y diciendo esto disparó al aire dos veces. Las grullas, asustadas, extendieron ambas patas y alzaron el vuelo.

—La culpa es suya, patrón. Si hubiera hecho eso con la de anoche, habría sacado el otro muslo y la otra pata, como estas.

Y el cacique, reconociendo que ingenio no le faltaba a su cocinero, se guardó la pistola en la funda y le perdonó la vida, por esta vez.

Variedades

Carmen de la Rosa

El productor teatral se sienta en un taburete junto a la chica que lee sentada a la barra, frente a un café. Calcula el tamaño de sus pechos bajo la blusa: *¿Quieres tomar algo, guapa?, te invito*. Ella levanta un par de segundos la mirada de las páginas, y contesta que no, gracias. Él ojea las piernas que asoman bajo la minifalda y se aproxima unos centímetros: *Podrías ser un poco más amable*. La chica cierra entonces el libro, mira al productor a los ojos y, mientras bebe un sorbo de café, un sonoro *lárgate*, procedente de su entrepierna, retumba en la cafetería.

Es el mejor número que el productor ha visto en años. Aún así, no la contrata.

Afuera

Patricia Nasello

Algún grito, alguna risa, frenadas, bocinazos. El silbato del inspector como si alguien la obligara a chupar una pastilla amarga cada treinta segundos. A través de la ventana mira los edificios vecinos, cemento y cristal.

—Me duele la vista.

—Serán los ojos.

Cuando el marido y el médico son una misma persona este tipo de correcciones son frecuentes.

—Me duelen la vista y los ruidos.

Y si no fuera porque ha comenzado a dolerle horriblemente la voz te diría que siente que la cabeza se le abre y despliega como si cada pequeño trozo en el que se dividió intentara llegar más lejos.

Llamás por teléfono, pedís una ambulancia aunque sabés que ahora es tarde. Ya has visto, sin comprender, este proceso en el hospital. La cabeza se transforma: la piel cae, los huesos se hacen tronco y desde el cuello crecen ramas secas.

Esta ciudad mata.

Incrédulos arrepentidos

Katalina Ramírez

Cassandra, que predijo la caída de Troya y nadie le creyó, ha encarnado ahora en una mujer de negocios, cuya familia sigue cada consejo a pie juntillas, sobre todo el consejo de no creerle a Helena, de quien no ha conseguido librarse.

Deconstrucción

Karla Barajas

Al artista lo encontraron fornicando con la modelo sobre una lavadora. Él explicó a su esposa:

–Esto es una deconstrucción, una deformación del significado del electrodoméstico en la vida de las personas, correlaciona y contrapone a la máquina con nuestra humanidad. ¿Me entiendes, amor?

Una semana después la obra entera del pintor emergente se remojaba en ese mismo artefacto, abandonado, por la autora y ahora ex esposa, a las afueras del museo con el título: *Engaños entendidos*.

SÉPTIMA JORNADA

Donde se discurre sobre las burlas
que por amor o por su salvación han
hecho las mujeres a sus maridos,
habiéndose apercebido ellos o no

Teoría de Manfred-Schwann

Elena Casero Viana

La solución, aconsejada por sus amigas, era aplicar esta novedosa teoría cuyos resultados estaban garantizados: Manfred-Schwann, un lúcido analista alemán, en apenas cuatro capítulos de su único libro, abogaba por estudiar la conducta del oponente para anticiparse, mediante tácticas lógicas, a sus reacciones.

El primero de ellos, *“Die Nase berühren”* o *tocar las narices*, se basaba en crear conflictos cotidianos sin aparente sentido para provocar confusión.

En el capítulo *“Schwindlig das Rebbuhn”* o *marear la perdiz*, se recomendaba desbaratar durante un mes la economía básica mediante gastos desproporcionados e inútiles e imposibles de cuantificar.

En el siguiente *“Mit Honig auf den Lippen”* o *con la miel en los labios*, sugería utilizar técnicas de acercamiento y alejamiento hasta cerciorarse de que el oponente se hallaba desorientado, así como deslizar mensajes subliminales en público para socavar su confianza.

Al llegar al último capítulo *“Leben, das sind zwei Tage”* o *a vivir que son dos días*, y comprobado que su rival estaba emocional y económicamente hundido, cerró el libro. Llamó a sus amigas. Cogió a los niños y pidió el divorcio.

Nadadores

Dina Grijalva

Las vecinas nos reunimos cada tarde. Cuando agotamos el tema de las niñas, los niños y el clima, entramos como sin querer en el tema de divertirnos a costa de los maridos. Que si Juan se duerme apenas se acuesta, sin nada de nada; que si Jorge lo intenta pero no consigue nada; que Julián casi nada; que si Eduardo apenas logra hacer casi nada.

Si algún niño nos escucha tal vez crea que hablamos de competencias de natación o de una nueva corriente artística llamada nadaísmo.

Subversivos

Patricia Nasello

Aún mi sangre no había conocido su primera luna cuando llegaron los magos.

—Irás con ellos a Babilonia —sentenció mi madre, quien, al ver mis ojos llenos de miedo, con el mismo tono que empleaba para prometerme tortillas de miel, agregó: —Te instruirán en el arte de la escritura.

Iba por mi quinta luna cuando el más viejo me tomó por esposa ordenando que, según había sido enseñada, describiera el dominio tiránico al que las estrellas someten nuestros destinos. Ciego, pasa la yema de los dedos sobre la tabla de arcilla pero su ancianidad sólo le permite reconocer algunos signos.

Desconoce que afilé la caña para grabar las historias que dictaba mi imaginación. Será informado y sin duda deberé destruir mi trabajo. No me inquieta, cierto narrador, joven piel de sándalo, ya está sembrando mis mundos en los oídos del pueblo.

Robot o no

Katalina Ramírez

Una de las lunas en que el viajero se ausentó y que ella se cansó de esperarlo, le dijo que era *un robot que no entendía de las emociones humanas*, él le respondió que *ese robot había escuchado y contenido cada una de sus emociones humanas*. Desde ese día no volvió a burlarse de su aparente frialdad, porque comprendió que en su pecho había un pájaro encendido que cantaba en silencio.

Máquinas de placer

Karla Barajas

Cuando sentía que su pareja era distante, o que quizá a otras mujeres, ella le recordaba con tono irónico que era reemplazable. Luego de divorciarse, llevó a su casa a un nuevo objeto de pasión que además de hermoso, era trabajador y cuando la escuchaba la veía a los ojos, respondiendo justo lo que ella quería oír.

La máquina era poseedora de un gozo inagotable, tanto como su energía. Incluso en las madrugadas, cuando ella se ponía a llorar la abrazaba y ella colocaba la cabeza en su duro pecho, donde no había corazón, pero sí latido. Ella ahogaba los suspiros, porque ni siquiera el autómatas más servil del mercado pudo borrarle el amor por los humanos.

El espíritu del abuelo

Paola Tena

Los lunes Herminia cenaba con su amante bajo el duraznero de la finca, cuando su marido viajaba a la ciudad para hacer negocios. Pero ocurrió que uno de estos lunes, se encontró al susodicho bebiendo un té de gordolobo cuando volvía de disponer bajo el árbol la mesa con un pollo asado y vino tinto.

—¿Qué hoy no ibas a dormir en la ciudad? —le preguntó alarmada.

—No me siento bien. Creo que estoy afiebrado.

Se metieron en la cama, y ella, sin poder avisarle del imprevisto a su amante, se quedó despierta temiendo lo peor. A eso de medianoche, Herminda escuchó un toque leve en la puerta de entrada.

—¿Qué es eso? —se levantó asustado el marido.

—Es la fiebre, no hagas caso. Vuelve a dormirte.

—Qué fiebre ni qué nada, alguien toca a la puerta.

—Ay Paco, no te quería decir nada para no asustarte —respondió Herminda, —pero desde hace varias noches sueño que el espíritu de tu abuelo viene y toca en la puerta de entrada, se mete en el cuarto y nos jala los pies a los dos.

—¡Ay nanita! —dijo el marido, cubriéndose con las mantas hasta la nariz.

Y un segundo golpe en la puerta le sacó otro agudo grito.

—Pero no te preocupes, aprendí un conjuro para espantarlo, acompáñame.

Los esposos se acercaron a la puerta, y Herminda en voz alta empezó a recitar:

*Espíritu chocarrero que has venido, con la misma te despido,
y para que esta casa se te olvide, pollo y vino por el gaznate recibe.*

Su amante se fue, aguantándose la risa. A la mañana siguiente, Paco casi se muere otra vez del espanto. *Mira lo que hiciste, abuelo*, clamó antes de desmayarse junto al cadáver del amante de su mujer, víctima de un hueso de pollo atorado en el gaznate.

Séptima Jornada

Sin conocimiento

Adriana Azucena Rodríguez

Los cubrebocas les recordaron que hacía años que no se besaban.
Se sonrieron con un cariño que ninguno de los dos pudo apreciar.

Bodas de plata

Carmen de la Rosa

Cuando me presentaron a Honorio en la fiesta de fin de curso del instituto me pareció guapo y un poco simplón. Pensé que mejoraría con la edad y con mi empeño en hacer de él el mejor de los hombres. Después de veinticinco años de matrimonio sería injusto que no destacara su habilidad en introducir veleros en miniatura en botellas de vidrio, su tenacidad en el cultivo de bonsáis y su delicadeza en la práctica del cunnilingus.

Aunque, eso sí, a pesar de mis esfuerzos, no he logrado jamás que mi Honorio haya cometido ningún acto de genuina inteligencia.

La dignidad

José Manuel Dorrego

Laila Hassad, “La mujer forzuda” de nuestro circo es, con notable diferencia, la mujer más fuerte del mundo. Libanesa y benjamina de una familia de rancio abolengo circense, ha dado pruebas más que suficientes de sus prodigiosos músculos. Existe un documento gráfico –yo mismo hice la fotografía– en el que sostiene, con una sola mano y sin aparente esfuerzo, a sus diecinueve amantes. Trató de convencer a su esposo Akram de que se sumase a la foto, por aquello de completar la veintena, pero él se negó en rotundo. Por dignidad, supongo.

La rara sensación de comerse las emociones

Ildiko Nassr

Las mujeres se reúnen en la cocina y hablan. Es una conversación caótica y divertida. Hablan de los hombres. Les inventan apodosos ofensivos y las emociones se vuelven más fuertes y surgen algunas carcajadas incómodas.

En la cena, ellos sentirán algo extraño y la comida les sabrá diferente y amarga.

OCTAVA JORNADA

Donde se razona sobre cualquier
burla que o la mujer al hombre o el
hombre a la mujer o un hombre a
otro se hacen con frecuencia

“Pareces una niña”

Katalina Ramírez

Pareces una niña, escucha la mujer que se dicen entre hombres y mujeres, como si no supieran que una niña es la fogata que antecede al incendio de una mujer.

Solo es una broma, cariño

Elena Casero Viana

Recogió la mesa. Eran más de las once. Supo que él no llegaría a cenar ni a dormir. Otra de esas muchas veces que él decía que no se enfadara, que no son más que bromas, que los matrimonios bien avenidos funcionan así. *Tú puedes hacer lo mismo. Sal con tus amigas, disfruta.*

A ella se le había pasado el hambre. Regresó al salón y se quedó de pie junto al acuario. Le gustaba observar el movimiento pausado de los peces, sus ojos redondos e inexpresivos. Ajenos a todo, ellos no sufrían. El pececillo nuevo era rojo, brillante y gordo. Se lo había regalado él para compensar sus continuas ausencias. Ella le sonrió cuando se lo dio, le besó cariñosamente.

Sacó del bolso una bolsita transparente y depositó su contenido en el agua. Una sonrisa satisfecha iluminó su tristeza al comprobar el voraz apetito de la piraña.

Diez

Ildiko Nassr

Eran diez. Éramos diez. Cinco mujeres. Cinco hombres. A ninguno le importaba el género ni el romance. Estábamos concentrados en un objetivo. Ninguno sobrevivió. Queríamos burlar al destino burlándonos de él y de nosotros mismos. Y nos arrasó la desgracia del amor, en una tormenta de la que ninguno pudo rescatar más que unos pocos objetos rotos. Queríamos reír. Y no sobrevivimos.

La diferencia social

Patricia Nasello

—El hidalgo y la aldeana de la Mancha —grita un tipo en dirección nuestra.

Papá se enoja y creo que va a enfrentarlo. A mí me da miedo porque el tipo es un gigante. Mamá lo toma del brazo y le dice unas palabras cariñosas para apaciguarlo. La veo preocupada. Y también la veo parecida a mí cuando tengo vergüenza por algo que hice. ¿Vergüenza de qué tiene ella? Papá sigue enojado y mamá está triste.

Café americano

Karla Barajas

Aquí todo es ácido, como el humor de la pareja que forman Norah y Juanjo, quienes beben café americano con Lysol mientras se dicen que verse el día entero es insoportable y prefieren beber de una botella de cloro sin diluir que pasar la cuarentena juntos. Guardan silencio, fingen fortaleza, pero el insomnio abraza su noche.

Cada uno en su lado de la cama repasa las frases que se dijeron entre bromas y que los hizo sentir insuficientes. Pero más ácida y corrosiva es la recomendación del presidente diciendo que beban o se inyecten desinfectante para evitar contagiarse de un virus, y es surrealista que la gente siga el consejo, como ese par de crédulos e intoxicados habitantes de Estados Unidos que arden por dentro.

Sorpresa

Dina Grijalva

Era casi una niña cuando su profesor usó todas sus artes de seducción. Ahora tiene dieciocho años y, sin querer, ha descubierto que ella no es la única víctima. Se acaba de enterar que ha citado a otra alumna, también casi una niña, justo a la misma habitación del hotel a donde la lleva a ella, cada vez con menos frecuencia. Laura, su mejor amiga le dice: *hay que tenderle una trampa*. Laura investiga y se entera que son varias las adolescentes a las que él invita a esa habitación.

Las convoca a todas a acudir el día y antes de la hora en la que él llegará con la chica nueva. Amenazan al del hotel con denunciar que permiten el abuso de menores y accede a abrirles la habitación.

Cuando él abre el cuarto, todas gritan *¡Sorpresa!*

Piedras mágicas

Paola Tena

De verdad, esto fue lo que pasó: en el pueblo nos gustaba embromar a Bartolo, porque era tan inocente como un niño dentro del cuerpo de un hombre, y todo se lo creía. Sabíamos que estaba enamorado en secreto de Clarita, por eso le dijimos que en el río había piedras mágicas que hacían invisible a quien las llevara en la bolsa. *Así vas a poder darle un beso sin que se dé cuenta*, rematamos; él bajó corriendo al río y nosotros lo seguimos muertos de risa. Se guardó piedras negras en todos lados: en los bolsillos del pantalón, de la chaqueta, en la riñonera vieja que siempre llevaba y subió al pueblo con las piedras haciéndole *rac rac rac*.

Cuando pasaba frente a los vecinos y nadie lo miraba – porque nos habíamos puesto todos de acuerdo – sonreía feliz. Por fin llegó a la casa de Clarita, entró al zaguán y viéndola ahí le dio un beso en la boca. Nosotros esperamos la reacción: una cachetada, un empujón, por lo menos un insulto, pero ella se abrazó fuerte a Bartolo, le dio otro beso y se esfumaron los dos en el aire, volviéndose invisibles a nuestros ojos y dejando en el suelo este montoncito de piedras negras, que ve usted ahí.

Chanza

Adriana Azucena Rodríguez

Una estudiante bonita es mayor estímulo para un profesor que cientos de evaluaciones, solía decir el profe Chaires, que se volvió loco por Sheila, quien, para su buena suerte, iba mal en todas sus materias y le propuso algunas sesiones de sus asesorías especiales. Sheila sugirió un cuarto de limpieza oscuro y discreto, que quién sabe cómo conocía. Corrió con Meche, su compañera más ruda pero menos agraciada. A la hora de la cita, fue por el director con su cara más combativa y denunció dónde y cuándo. Chaires fue descubierto y él descubrió que no había obtenido a Shaila. El director, para evitar el escándalo, tuvo que acceder a cuantos exámenes especiales pusieran en manos de Sheila su certificado. Meche quedó muy a gusto.

Elección

Carmen de la Rosa

Me bastaba con tus labios, con tu calor, con tus dedos, con tus dientes, con tus brazos, con tu voz, con tus años, con tus canas, con los puentes de tus coronarias, me bastaba con eso. Te lo dije mil veces pero tú preferías siempre la pastilla azul, el latido de tu sangre despertando al viejo dragón que duerme entre tus piernas. Lo preferías a él, tenso y erguido, yo no. Yo hubiera preferido siempre que siguiera latiendo tu corazón.

Visto y no visto

José Manuel Dorrego

Hay que reconocer que si algo tenemos en nuestro circo, es un extraordinario fondo de plantilla. Por ejemplo, no solamente contamos con Jack Turpin, “El hombre invisible”, sino que además tenemos en nómina a Hellen Defoe, “La mujer invisible”. La relación entre Turpin y Defoe, eso sí, no es todo lo fluida que podría esperarse entre dos seres incorpóreos. Defoe siempre ha estado enamorado de Turpin pero él, por quien realmente pierde la cabeza es por Dévora Wallace, La Fantástica Mujer Bala. Incluso cuentan que un día, en un estado de semiinvisibilidad, Defoe llegó a arrodillarse en la pista central del circo, sacó un anillo de su bolsillo izquierdo y le pidió matrimonio. En el mundo de los seres invisibles, siempre son ellas quienes toman la iniciativa. Él, con esa arrogancia propia de los seres invisibles, fue tajante:

—Lo siento, cariño, pero te falta presencia.

NOVENA JORNADA

Donde discurre uno sobre lo que le gusta y sobre lo que más le agrada
(tema libre)

Veraneando

Karla Barajas

En la última tarea antes de vacaciones, la mayoría de mis alumnas escribe que jugará con el agua de las albercas, de mares o ríos; que la piel se tostará bajo el sol hasta que arda, que caminará descalza sobre el suelo caliente. Voy manejando, recuerdo esas historias. En el semáforo, me cae una cascada de agua proveniente de una botella, veo a dos de mis alumnas limpiando mi parabrisas, pies descalzos sobre el pavimento. Las niñas tienen las mejillas rojas y los brazos quemados por el sol.

–¿Trabajan en vacaciones?

–Solamente en verano trabajamos en las calles, maestra.

Arte

Adriana Azucena Rodríguez

Nueva corriente estética: el *sugardadaísmo*. Se trata de intervenir a alguna chica que ya es, de por sí, bonita. El artista ha de invertir en una obra que poseerá otro. Es un movimiento artístico con sentido altruista.

Suave pelo de las gatas

Carmen de la Rosa

Descubrí la clave en el último verso. No podía dejar de pensar en aquellas tres chicas que aparecieron asesinadas en los callejones de Tokio. En sus cadáveres cuidadosamente envueltos en celofán como crisálidas humanas, un papel de arroz con cada uno de los versos que componían el poema clavado con chinchetas a la altura de sus corazones.

Solo tenía aquel poema:

*“El cazador aprieta las gargantas,
luego descansa en la noche,
suave pelo de las gatas.”*

que repetía una y otra vez en mis noches de insomnio. Y la imagen de un Ferrari negro que había grabado la cámara de seguridad de un cajero cercano al escenario de primer crimen.

Encontré el coche en Akihabara aparcado frente al café de gatos *Neko no Jikam* (Tiempo de los gatos). Ya era cerca de la medianoche, apenas había un puñado de hombres que distraían su soledad acariciando los cuerpos gráciles de los felinos. Sonrió cuando pregunté en voz alta quién conducía aquel Ferrari. Cuando lo detuve una siamesa ronroneaba, mimosa, entre sus brazos.

Flexibilidad laboral

José Manuel Dorrego

En nuestro circo somos muy rigurosos contratando al personal ¿Qué es usted un buen payaso? Perfecto, firmamos el contrato. Eso sí, antes queremos asegurarnos de que si un día nos falla un trapecista, es capaz de sustituirlo. “Adaptación, innovación y desarrollo”, nos gusta llamarlo. Por eso en nuestra empresa los payasos saben de trapecios, los equilibristas hacen sombras chinescas si es necesario y hasta la mujer barbuda es capaz de sustituir al Fantástico hombre bala sin que apenas se aprecie el cambio. Incluso el tigre hace de domador y el domador de contorsionista, llegado el caso. Por su aspecto, quizá encaje usted como tragasables, o como acróbata filibustero, pero vaya haciéndose a la idea de que debe de empezar a contraerse: tenemos a los dos enanos de baja laboral por depresión y el número de los enanos es uno de los que arranca más carcajadas entre el respetable público ¿Es usted tan amable de firmar aquí?

Inocencia y perversidad

Dina Grijalva

Cuando ella le susurró: *mi corazón es tuyo*, desconocía que él era traficante de órganos.

Aquel verano

Elena Casero Viana

Solíamos acercarnos a la casa abandonada al caer la tarde, cuando las sombras eran tenues. Mirábamos a través de las cortinas raídas. El paisaje interior era una mezcla de soledad, tristeza y añoranza, como si estas cualidades humanas se hubieran quedado impregnadas en las paredes y en los muebles.

Paquito decía que la casa tenía corazón, que escuchaba el bombo de la sangre por las cañerías. Aseguraba que necesitaba el de las personas para poder seguir en pie.

Juan propuso aquella noche entrar a través de la ventana que daba al jardín. Recorrimos todas las habitaciones. Hasta el silencio crujía. Poco a poco comenzamos a sentir una sensación de vacío, una tristeza que nos iba hundiendo en la nada, un sentimiento de vulnerabilidad inexplicable. Miguel, el más sensato de la pandilla, nos obligó a salir de la casa y alejarnos de ella.

Dicen que la casa sigue allí, entera, abandonada. No regresamos nunca. Nos daba miedo escuchar los latidos del corazón de Paquito.

Cazadores

Ildiko Nassr

Su intención era cazar para la cena. Regados con vino, atraparon una corzuela. Carnosa y mansa. Frágil, dúctil ante los trazos del cuchillo. Sabrosa.

—Esto es lo más rico que comí en mi vida —comentó uno.

—Brindo por eso —celebró otro.

El fuego alcanzó para medio cuerpo. La otra mitad cabía en la conservadora. La fiesta se desmadró hasta el día siguiente. El monte no era divertido de día y emprendieron el regreso. En el camino, los detuvo una cuadrilla de “Control de caza y pesca”. Pura rutina. Revisaron todo, como siempre. Nada raro encontrarían. Entre bromas, bajaron todo de la camioneta.

Medio cuerpo de mujer descansaba en la heladera de los cazadores.

Criaturas

Patricia Nasello

Silenciados, por fin, aquellos espantosos estruendos de los bombardeos, aquietadas todas las armas, estos pocos sobrevivientes aún no comprenden que la guerra terminó y huyen, continúan huyendo sin necesidad, hacia ninguna parte.

De pronto, una nube de mariposas atraviesa el río en el que ahuecan las manos para saciar la sed. En medio de la desolación que los circunda, la sutil energía del vuelo les acerca recuerdos de un mundo que creen perdido.

—¿Dónde está la vida? —pregunta una joven con la voz quebrada por el morral de lágrimas que guarda entre las costillas.

Los rigores del brutal enfrentamiento los ha llevado a olvidar que la vida, esa poderosa hembra, camina junto a ellos y siempre apuesta a favor de sí misma. Por tal motivo, pronto la primavera pondrá hojas en los árboles y algún nido. Entonces, quizá sólo por aquel atávico reflejo de imitación que los domina, nuestro desorbitado grupo de zaparrastrosos buscará refugio, se asentará. Llegado ese tiempo, la joven que formuló la pregunta se dejará enamorar por unos bellos ojos, tan desamparados como ella pero leales y fuertes, y su voz será canción de cuna.

La vida, esa incansable soñadora, ama el frágil vuelo de las mariposas.

El descubrimiento de una ventana

Katalina Ramírez

Despierta un día sabiendo que ya no es la misma, aunque no entiende por qué. Se mira en el espejo y todo parece seguir igual, hasta que se mete a bañar y descubre que en el lugar donde antes estaba su ombligo, ahora hay una ventana. ¿Cómo pudo llegar ahí una ventana? y peor aún, ¿para qué? Se encuentra en medio de estas cavilaciones cuando recuerda que su luna se ha retrasado algunos días, así que espera ilusionada a que el astro cumpla ocho ciclos más —hasta que en el lugar donde antes estaba su vulva ahora hay una puerta— para poder conocer al habitante de la casa en que se ha convertido.

Leyenda moreliana

Paola Tena

Francisca tenía dos pretendientes molestos como las moscas panteoneras, y sin saber ya cómo espantarlos, aprovechó el sepelio del Mochadedos, conocido narco de Morelia para pedirles algo que –pensaba ella– no podrían cumplir. Mandó decir a Alejandro –enamorado número uno– que si quería su amor, acudiera al tanatorio esa noche y quitándole las ropas al muerto se cambiara por él. Luego avisó a Raymundo –enamorado número dos–, de que el precio de su amor era que se robara el cuerpo del Mochadedos.

Esa noche, Alejandro forzó la puerta de la funeraria y viendo el ataúd en el centro, lo abrió poco a poco sintiendo el mayor miedo de su vida. Ahí estaba el Mochadedos: pálido, frío, y con un par de balazos mal disimulados en la frente, pero pensando solo en la recompensa que tendría, como pudo lo sacó y lo acomodó en otro féretro. Luego se metió en el cajón y cruzó los brazos. Poco después escuchó los pasos de alguien que se acercaba, y fingiéndose muerto sintió que sin ninguna consideración se lo echaban al hombro como un saco de papas.

Así iban los dos pretendientes, uno cargando al otro por la calle, cuando oyeron el *quietos ahí* de los guardias que hacían la ronda nocturna. Sin dilación, temiendo que los metieran a la cárcel o algo peor por haber profanado al Mochadedos, huyeron en distintas direcciones, perseguidos por los policías. Francisca aprovechó la oportunidad para despacharlos a los dos.

Nunca encontraron el cadáver del Mochadedos, y dicen por ahí que sus compinches se lo llevaron, o que en realidad no estaba muerto y se hizo cirugía plástica en Estados Unidos. Lo que nadie se explica –ni ellos quieren confesar– es por qué a los dos les falta desde entonces el dedo meñique.

DÉCIMA JORNADA

Donde se discurre sobre quienes
liberalmente o con verdadera
magnificencia hicieron algo, ya en
asuntos de amor, ya en otros

El mundo

Paola Tena

Según la tradición, Dios vivía en el bosque y gustaba de acoger a los peregrinos, ofrecerles alojamiento y regar sus viandas con los vinos mejores, por lo cual mereció fama de magnificente. Mucho después el Demonio –que vivía en el desierto– quiso imitarlo y construyó un hogar más grande, de camas blandas y los banquetes más profusos, pero aún así nadie hablaba de él con tanta admiración como de Dios; por eso, siendo joven e impulsivo, decidió ir en su búsqueda y matarlo.

Cuando llegó a la casa de Dios, se encontró con un anciano encorvado paseando en el jardín, que lo escuchó con tanta paciencia que el Demonio le confió sus angustias y planes. El anciano le aconsejó lo que debía hacer: acudir una noche sin luna al claro en el centro del bosque, donde habría de encontrar a Dios sin defensa. El Demonio, haciendo así, se armó con su puñal de oro y llegado al lugar encontró al anciano sentado sobre una piedra lisa, contemplando los astros. Entonces, comprendiéndolo todo, cayó a sus pies e imploró perdón.

–Eres joven –le dijo Dios, acariciándole la cabeza. –Y yo estoy viejo y cansado, pero joven como tú quisiera volver a ser.

Entonces Dios le propuso intercambiar sus moradas. Y aquí termina la historia; no sabemos qué pasó después. Algunos creen que Dios sigue en el bosque, y otros afirman que esa noche se marchó al desierto. Pero lo que de verdad nos preocupa es ser incapaces de distinguir la diferencia.

El huésped

Patricia Nasello

—Un p-r-í-n-ci-pe-sa-po —deletrea Angelita. Encantada con el simpático personaje verde, la pequeña lo recorta con su tijera para papel y lo pega en otra lámina, ésa de los tres chanchos que también le gustan. Es de lamentar que, en esta segunda lámina, además haya un lobo, un energúmeno que sopla con la fuerza de mil demonios.

Expulsado por aquel huracán, cargando golpes y espantos diversos, el sapo llega al bosque. Allí se encuentra con el Hada Madrina quien se apiada de él y le devuelve su forma de príncipe.

Durante meses, que se hacen años, el príncipe caza para subsistir, hasta que un día, deseoso de encarar una hazaña que esté a la altura del vigor que ganó con tanta vida salvaje, se dirige a la ciudad y busca una casa.

Llama a mi puerta.

—Hola, Ángela —saluda con una voz que sonrío con aspereza. Sé que lo conozco aunque no recuerdo de dónde, siento que me sonrojo. —Ando sobrado de sangre real, me agradecería convidarte —agrega con esa voz que me cautiva.

Gestación y parto

Dina Grijalva

Desea escribir un cuento perfecto. Elige palabras redondas: oro, mamá, ojo; palabras con alas: ave, mariposa, colibrí; palabras delicia: pan, éxtasis, perfume; palabras dulces: flan, grosella, cielo; palabras líquidas: mar, río, agua; palabras sonoras: fuente, piano, ruiseñor.

Cuando el cuento nace, lo toma de la impresora, lo besa con dulzura y lo coloca en la pequeña canasta donde lo esperan otros cuentos felices.

Décima Jornada

La otra Odisea

Carmen de la Rosa

Sentada en el trono de Ítaca, Penélope despacha los asuntos del reino con sus consejeras. Ni rastro de los pretendientes ni de Telémaco. Argos, tendido a sus pies, apenas menea el rabo a Ulises en señal de bienvenida. *Qué pronto has vuelto, querido*, dice ella. Ulises zarpa de nuevo aquella misma mañana.

Inercia

José Manuel Dorrego

Nicolai Vasiliev, el fakir húngaro, se tumbó sobre la alfombra de clavos, colocó una plancha sobre su pecho y pidió un par de voluntarios de entre el público para que se subieran encima. Viendo que aquello no terminaba de entusiasmar al respetable, fue pidiendo a todos los presentes que se subieran ordenadamente sobre la plancha. Y así, con la colaboración de su ayudante, Hadraff, fueron acomodándose los cientos de espectadores sobre el tablón que presionaba su pecho. Un reto espectacular, sin duda, pero por desgracia no quedaba público para aplaudir. Inmediatamente ordené que se abrieron las puertas del circo y miles de voluntarios de la ciudad se fueron colocando encima. Cuando ya no quedaban más habitantes, Hadraff, el ayudante, fue reclutando gente entre las ciudades colindantes para darle mayor lustre al número del fakir, quien a día de hoy ya aguanta sobre su pecho a toda la región y no se descarta que, en breve, se sume la población de las regiones colindantes.

Dicen que sí, que ahora sí, que ahora el número del Nicolai es digno de aplauso, pero ya casi no tenemos público que ovacione la hazaña: cuantos se acerca a contemplar la actuación, por pura inercia, terminan formando parte del espectáculo.

El poso del tiempo

Elena Casero Viana

Llueve. Mucho. Con furia desatada. Junto a la jardinera, un reguero desemboca en la nada. Tus margaritas cabecean impulsadas por la lluvia. En verano se deshojan, mueren, crecen y se agostan por el calor. Veo todo el proceso desde esta impenitente ventana. Y ahora esta agua triste que lo arrastra todo a su paso, excepto la memoria.

Llevo más de un mes encerrada en esta casa, sintiendo el frío y la incertidumbre, agostándome, como las margaritas, en esta espera marchita. Desde esta ventana que me cruza el alma. Recordando que me prometiste cuidar lo que amabas. Pero va pasando el tiempo. Y tú no vas a regresar, ni siquiera he podido despedirme de ti. Recordaremos este tiempo, quienes sobrevivamos. Quizás aprendamos algo. Quizás seamos mejores, aunque lo dudo. Quizás el mundo se aplaque y se cumplan tus deseos. Siempre fuiste optimista. Pero no lo verás y yo te lo contaré en sueños. Ahora llueve. Mucho. Llueve.

Los pescadores nocturnos

Ildiko Nassr

Solos. A la deriva. De noche. Salíamos a pescar con mi papá. La corriente nos iba llevando. Llegaba un momento en que las olas crecían y ya no era cómodo y hermoso. Podía sentir su miedo. Una cierta desesperación y ese hombre fuerte y seguro, que tanto había vivido, tenía un instante de vacilación. Acaso recordaba cuando tuvo que dejarlo todo, huyendo del enemigo en otra guerra. Era un segundo eterno. Las olas nos llevaban donde ellas querían. Y estábamos solos en esa lancha pequeña, en medio del agua, sin nadie alrededor.

Durante años tuve sueños y pesadillas sobre ese lugar y ese terror en la mirada de mi padre era el punto cúlmine que me despertaba. Echábamos anclas. Una a cada lado del bote y nos quedábamos fijos en un lugar. Nuestra pesca continuaba como si nada. Pero yo seguía con miedo. Por él y por mí.

Décima Jornada

La gran ola

Katalina Ramírez

Cuentan los historiadores que Japón jamás fue invadido porque lo protegía un dragón de agua, que arrasaba con cualquier barco que osara acechar el archipiélago, pero no hablan de las bocas que despertaban al dragón, de las manos que invocaban y dirigían la Gran Ola. La mujer de la que les hablo, a veces estrella, a veces carne y hueso, también ha sido agua, Maestra Agua que —junto a otros maestros— consagró su vida y sus manos al dragón acuático.

Superación personal

Karla Barajas

Desde pequeña practiqué el fino arte de la falsificación de firmas en reportes, permisos y materias reprobadas. A los 17 años me superé en la técnica del engaño; para recoger una boleta de calificaciones con cinco materias reprobadas, llevaba ropa y maquillaje en la mochila. A la hora de la entrega, entré al baño y me pinté la cara. Me puse en la fila de padres de familia y al llegar a donde las secretarías entregaban las boletas, dije que era la hermana de la irresponsable alumna. Creo que no me creyeron, pero por los niveles de desesperación que habrán notado en mí, aguataron la risa y finalmente dijeron: *Firme aquí.*

Décima Jornada

X

Adriana Azucena Rodríguez

He terminado este micro Decameron.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

Carmen de la Rosa

“Heladero”, en: *Revista Minificción*.

“Nota de cata” y “Tal para cual”, en: *Acordeón* (Ediciones Idea, 2014).

“La otra Odisea”, en: *Antología Ellas* (Diversidad Literaria, 2016).

Elena Casero

“Aroma a suavizante”, “El secreto de Don Ambrosio”, “Solo es una broma, cariño” y “Aquel verano”, en: *Luna de perigeo* (Editorial Enkuadres, 2016).

Patricia Nasello

“Luz”, en: *Revista Plesiosaurio* (2019).

“La propuesta”, “Subversivos” y “Criaturas”, en: *Nosotros somos eternos* (2016).

“Retrato de mujer con dragón”, “Afuera”, “La diferencia social” y “El huésped”, en: *Una mujer vuelta al revés* (2017).

“El refugio”, en: *Qué buen disfraz de leona* (2019).

Ildiko Nassr

“Vueltas” y “Cazadores”, en: *Placeres cotidianos* (Ed. Macedonia, 2017).

“El amor es eterno mientras dura”, en: *Los hermanos mayores* (Ed. Maten al Mensajero, 2017).

Karla Barajas

“Deconstrucción”, en: *Revista Plesiosaurio*.

AUTORES

Karla Gabriela Barajas Ramos (México). Publicó “Valentina y su amigo pegacuandopuedes” y “La noche de los muertitos malvivientes” (Editorial Imaginoteca, 2016), así como “Neurosis de los bichos” (La Tinta del Silencio, 2017), “Esta es mi naturaleza” (Editorial Surdavo, 2018) y “Cuentos desde la Ceiba” (Colección Bocanada, La Tinta del Silencio, 2019).

Elena Casero Viana (España). Soy Técnico de Empresas Turísticas. He trabajado en una multinacional del automóvil hasta mi jubilación. He publicado cinco novelas, un libro de relatos y uno de microrrelatos, “Luna de Perigeo” (Editorial Enkuadres, 2016). Alguno de ellos han sido publicados en antologías y traducidos al francés. Actualmente estudio piano y oboe.

José Manuel Dorrego Sáenz (España). Escribo microrrelatos porque, paradójicamente, la novela se me queda muy corta, aunque no descarto escribir alguna un día de estos, todo sea por explayarme un poco más. He hecho mis pinitos en concursos literarios, publiqué “El contrabajista del Titanic” (Microrrelatos, 2015) y tengo en construcción otro libro de micros y uno al que no encuentro género oficial para definirlo. Y de siempre me encantan Boccaccio y su “Decamerón”, en libro, en peli o, por qué no, imaginado.

Dina Grijalva (México). En la primavera de 2008 visitó Buenos Aires y nació como minificcionista. Desde entonces es hacedora y promotora de ese maravilloso género. Sus libros de minificción son: “Goza la gula”, “Las dos caras de la luna”, “Abecé sexy”, “Mínimos deleites”, “Miniaturas Salmantinas” y “Cuestión de

tiempo”. Ama a los Cronopios, cultiva un bonsái y sueña con habitar en Lilibut. Minificciones suyas han sido incluidas en una veintena de antologías. Ha publicado una antología de minificciones eróticas, bajo el título de “Eros y Afrodita en la Minificción”.

Patricia Nasello (Argentina). Magíster en Escritura Creativa por la Universidad de Salamanca y Contadora Pública por la Universidad Nacional de Córdoba, publicó una micronovela “Acabemos con ellos de una vez” (Alción, 2019), la antología personal “Está rugiendo otra vez” (Quarks, 2020) y tres libros de microrrelatos. Participó en antologías, periódicos y revistas culturales en Argentina, México, España, Perú, Rumania, Venezuela y Bolivia. Trabajos suyos han sido traducidos al francés, italiano, rumano e inglés.

Ildiko Nassr (Argentina). Ha publicado los siguientes libros de microrrelatos: “Placeres cotidianos” (Editorial Macedonia, 2007, 2011 y 2017), “Animales feroces” (2011), “Ni en tus peores pesadillas” (2016), “Los hermanos mayores” (2017), “Urgencias, disimulos y rutinas” (2019) y en coautoría “Hilos Dorados” (2017). Sus microrrelatos han sido incluidos en las mejores antologías del género.

Katalina Ramírez Aguilar (México). Licenciada en Literatura y Filosofía por la Universidad Iberoamericana de Puebla. Ha trabajado como editora en diferentes editoriales, y de manera independiente. Ha publicado microcuentos y poemas en siete antologías internacionales, y en revistas nacionales. Ha publicado un libro de poesía, “Lengua soy” (3 norte y Universidad

Iberoamericana), y uno de microficción, “Música primigenia” (BUAP, 2019).

Adriana Azucena Rodríguez (México). Doctora en Literatura Hispánica. Profesora investigadora de tiempo completo en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es autora de los libros de cuentos “La verdad sobre mis amigos imaginarios” (Terracota, 2008), “La sal de los días” (BUAP, 2017) y “El infierno de los amantes” (UACM, 2017).

Carmen de la Rosa (España). Escritora y médica rehabilitadora. Sus relatos y microrrelatos aparecen en los libros “*Entre humo y cuentos*”, “*Todo vuela*”, “Acordeón”, las antologías: “Somos Solidarios”, “99 crímenes cotidianos”, “Ellas”, “Eros y Afrodita en la minificción”, “Perdone que no me calle”, “Antología española de Minificción en redes” “100 palabras para mamá”; en varias revistas y blogs. Ganó el I y el X premio de relatos breves “Mujeres” del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife.

Paola Tena (México). Pediatra es su identidad “oficial”, escritora es su personalidad no tan secreta. Ha publicado microcuentos en varias antologías y revistas dedicadas al género minificcional. Ha sido ponente en sesiones de animación a la lectura e imparte talleres de Escritura Creativa y elaboración de fanzines. Es autora de *Las pequeñas cosas* (Ediciones La Palma, 2017), y los libros cartoneros “Cuentos incómodos” y “MiniBestiario” (Cartonera Alebrije, 2019, 2020).

ÍNDICE

Primera Jornada.....	09
Segunda Jornada.....	21
Tercera Jornada.....	33
Cuarta Jornada.....	45
Quinta Jornada.....	57
Sexta Jornada.....	69
Séptima Jornada.....	81
Octava Jornada.....	95
Novena Jornada.....	107
Décima Jornada.....	119
Referencia bibliográfica.....	131
Autores.....	133

Esta edición digital de *MicroDecamerón*,
coordinada por Paola Tena, se terminó de
diagramar en Lima – Perú,
en febrero de 2021.

Diez renombrados microficcionalistas residentes en diversas partes del mundo se han unido para emular la novela de Giovanni Boccaccio, casi mil años después, desde el confinamiento mundial impuesto por la pandemia del coronavirus, conjuntados con el único y sano propósito de ofrecer un instante propio para evadirnos a bordo de las letras y mostrarle al mundo que la literatura y el microrrelato están presente en cualquier momento de la historia de la Humanidad.

Paola Tena



Quarks
Ediciones Digitales